



Carlos Montenegro

*Hombres sin mujer*

Edición al cuidado:  
Imeldo Álvarez



Edición: Imeldo Álvarez  
Diseño de cubierta: Alfredo Montoto Sánchez  
Ilustración de cubierta: Luis Carlos Rámila  
Corrección: Alicia Díaz  
Composición computarizada: Tatiana Sapríkina

Edición en línea: Luis Rafael

© 2000-copyright Editorial *Letras Cubanas*  
Editorial *CubaLiteraria*  
**Todos los derechos reservados**

Editorial *CubaLiteraria*  
Instituto Cubano del Libro  
Palacio del Segundo Cabo  
O'Reilly 4, esquina a Tacón  
La Habana, Cuba  
**[www.cubaliteraria.com](http://www.cubaliteraria.com)**

## AL LECTOR

*Preferiría este libro sin palabras preliminares; que el lector entrase en él con la misma ignorancia e imprevisión de lo que va a leer que caracteriza, respecto al presidio, al sentenciado a cumplir una condena. Pero juicios previos a su publicación me fuerzan a considerar tal preferencia. Debo decir, antes que nada, que no es mi objetivo el logro de un éxito literario más o menos resonante, ya que para ser leído con complacencia hubiera tenido que sacrificar demasiado la realidad, limitando con ello las posibilidades de alcanzar lo que me propongo, y que es la denuncia del régimen penitenciario a que me vi sometido —no por excepción, desde luego— durante doce años.*

*Bajo este punto de vista —y no habiendo variado en lo fundamental el crimen colectivo que intento denunciar—, considero un deber ineludible describir en toda su crudeza lo que viví. El que acuse estas páginas de inmorales, que no olvide que todo lo que dicen corresponde a un mal existente, a que por lo tanto es éste, y no su exposición, lo que primeramente debe enjuiciarse. El gusto contrariado o el pudor ofendido, que no traten de pedirme cuentas por lo escrito, sino que se las exijan a los que hacen posible, en plena civilización, la existencia de estos antros que gentes ingenuas o*

Publicaciones cubanas en la Red  
*criminalmente despreocupadas, insisten en llamar reformatorios. No me interesa quien se sonroje o indigne por la lectura de estas páginas, mientras se considere ajeno a la realidad ominosa que divulgan: a su agitada moral de superficie opongo, en la medida de mi capacidad, el propósito auténtica-mente moral de desenmascarar la ignominia que supone arrojar el pudridero a seres que más tarde o más temprano han de regresar al medio común, aportando a éste todas las taras adquiridas; opongo también la desesperación de esos seres, su dolor humano y su inevitable regresión a la bestia; opongo el interés mismo de la humanidad.*

*Ahora bien, no vacilo en colocar mi libro ante la crítica de las personas capaces de inmutarse y de sublevarse, aunque ello suponga que también mi procedimiento y aun mi veracidad serán enjuiciados; pero a ellos voy, más que como escritor, como un hombre que perdió los mejores años de su juventud en el reformatorio que ahora denuncia.*

C.M.  
La Habana, 1937.

## UNA PIEDRA EN EL CAMINO

### 1

El negro Pascasio Speek abrió los ojos, estiró brazos y piernas violentamente, hasta el calambre, y tornó a quedarse inmóvil, recostado contra la pared al pie de la cual estaba sentado. Un segundo después bostezó, e impedido de escupir en el suelo, porque el reglamento lo prohibía, se tragó la saliva, pastosa por la hora de sueño que acababa de descabezar, mientras se disponía a encender un cigarro. Con éste en una mano y el fósforo en la otra se quedó rondando la inconsciencia; los párpados se le fueron cerrando poco a poco, y la cabeza comenzó a declinar sobre su hombro izquierdo, hasta que, perdida la gravedad, se le cayó de golpe contra el pecho, espantándole la modorra. Se sacudió, volvió a estirarse y, chasqueando la lengua, encendió el cigarro, al que dio una profunda chupada.

Mientras guardaba el fósforo usado en la misma caja de donde lo había extraído, dejó escapar lentamente el humo, que se elevó en una columna simple, en la calma absoluta del día tropical. A la tercer aspiración, como la ceniza del cigarro ya estaba crecida, se la echó en la palma de la mano y, aplastándola con un dedo, la aventó, soplando sobre ella.

Fue entonces cuando paseó la mirada sin curiosidades por su alrededor. Hacía ocho años que todo estaba igual para él, tan igual, que aun en sueños hubiera podido decir quiénes

Publicaciones cubanas en la Red  
estaban a aquella hora en el patiecito, quiénes estaban y que hacían y, tal vez, hasta lo que pensaba cada uno.

Desperezándose, abrió en cruz los brazos, rematados por los puños poderosos, y bostezó ruidosamente; dos gritos le interrumpieron el desahogo físico:

—¡Animal!

—¡Yegua!

Miró de reojo. Estaba bien que el chocho de don Juan le dijera animal, pero que aquel quídam de Candela se metiera con él todos los días llamándole yegua o cosas por el estilo, no estaba dispuesto a soportarlo. Ya se lo había dicho otras veces, amenazándolo con romperle un hueso. Esta vez se levantó decidido a todo, mientras, en el extremo del patio, Candela se hacía el disimulado.

Pascasio caminó hasta él y, plantándosele delante, le espetó con tono reconcentrado:

—Oye, ¡tu madre! Yeguas se les dice a los afeminados. Levántate, que te voy a partir las narices.

Candela se rió:

—Está bien, mi tierra! No se ponga bravo por eso, todo el mundo sabe que usted es un varón y...

—Levántate, si no quieres que te parta esa boca de chayote de una patada. Te quiero enseñar a que respetes a los hombres.

—Vaya, vaya; tengamos paz—intervino don Juan, subiéndose los espejuelos hasta la frente y rascándose una mejilla con la punta de la aguja con que hacía calceta—; miren que las celdas están endemoniadas. ¿Qué es lo que te pasa, Pascasio?

A éste se le había llenado la boca de saliva para provocar la pelea de un escupitajo, cuando Valentín el loco salió de una galera con la boca abotagada por el sueño:

—¡Tenían que ser estos dos mierdas! ¡Jijos de aura y mono! ¡No se puede ya ni dormir con estos malditos negros! ¿Cómo se atreven a despertar a un hijo de la raza blanca europea? ¡Niches nacidos en cueva! Ya les he dicho que les voy a poner la cola que les quité y a mandarlos para las selvas africanas.

—¿Y tú eres blanco, Valentín? —intervino por segunda vez don Juan.

—¡Blanco, viejo cabrón! ¡Blanco de la raza ácrata europea! ¡Francés! Nací en la mismísima Guayana, y tuve el honor de conocer al capitán Dreyfus en la Isla del Diablo. ¡No soy como ustedes, que se dan tanta importancia porque están en este presidio de mierda! ¡A ver! ¿Qué lío es el que se traen?

Dio una patada en el suelo, y echándose hacia atrás, comenzó a tirar golpes con el brazo extendido, como si lo tuviera armado de un sable.

—¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! ¡Cabezas de niche rodando! ¡En cuanto afile mi machete no va a quedar ni uno solo para semilla. Después acabaré con las negras, después con las gallegas y..., ¡con los cubanos, que el que no tiene de congo tiene de carabalí! Me voy a quedar solo con las hembras blancas y..., ¡jierro!, ¡jierro!, ¡jierro!

Y Valentín, el mulato loco, abandonando la actitud bélica, se llevó las manos a la cintura y comenzó a moverse deshonestamente, acosado por la lujuria. Sin cesar de moverse, empezó a decir palabras amorosas cargadas de obscenidad, hasta violentarse el sexo, y de súbito, lanzándose al centro del patio, alzó los puños al cielo y gritó estentóreamente:

—¡Yo quiero comer ganllinan blanca! ¡Ay! ¡Ganllinan blanca!

Luego, echándose sobre la cuenca del ojo que le faltaba el gorro de presidiario, se fue dando grandes pasos, en actitud desafiante, repitiendo despectivo:

—¡Negros de mierda! ¡Jijos de mono y tiñosa!

Pascasio miró a Candela, que no se había movido y que le sonreía.

—Oye, por última vez: si vuelves a meterte conmigo la vas a pasar mal.

—Está bien, mi tierra.

Y al ver alejarse a Pascasio, añadió:

—¿No sabes? La Morita me dio recuerdos para ti.

El otro se detuvo en seco; fijó la mirada profundamente en su interlocutor, y después de dudar un instante optó por seguir su camino, diciendo:

—Dáselos a tu madre.

—Dice que está metida contigo y que te tiene medio conseguido.

Pascasio no se contuvo más. Retrocedió de un salto y agarró a Candela por el cuello de la guerrera, lo levantó del suelo y le clavó el puño en plena boca.

—Esto le hago yo a los degradados como tú.

Por efecto del golpe, Candela se había ido contra la pared, y ya se disponía a responder el ataque, cuando vio entrar en el patio al brigada del Orden Interior, que dijo:

—¿Qué ocurre aquí?

—Nada, brigada Basilio —contestó Candela, reponiéndose—; estábamos jugando de manos.

—El juego de manos ya saben lo que trae. Está bien, ¡jahuequen!

Pascasio, aún sin control, se movió indeciso, pero el temor de verse envuelto en un enredo sodomita lo decidió a aceptar aquella solución. Echó a andar hacia la cocina, donde ya se sentían ruidos de peroles y de poleas y, preocupado, se mezcló con los compañeros que lo habían precedido en la faena.

Trabajó febrilmente; a pesar del calor intenso que hacía, se dejaba bañar por el vapor escapado de las marmitas. De vez



en vez, la luz roja de una llama se fugaba de los hornos y le alumbraba el rostro, que se le contraía en gestos de defensa. Entonces se pasaba el gorro por la cara, no se sabía si para secarse el sudor o para borrarle la mueca dolorosa que lo martirizaba.

Miró hacia todos lados con desconfianza. A un lado y a otro estaban sus compañeros entregados al trabajo o a la conversación, acaso mirándolo a él, leyéndosele en las facciones el cúmulo de pensamientos que lo acosaban.

Allí estaban a su alrededor, mezclados en una masa cuya liga era el vicio, nacido de la abstinencia y de la promiscuidad; allí estaban luchando a brazo partido, con sus riñones derritiéndose al fuego del trópico, viviendo inconscientemente una tragedia que les agarraba de los testículos y sobre la que gastaban un afán de palabras. Dos de ellos hablaban a sus espaldas:

—¿Qué hubo, Comencubo?

—Aquí, compay.

—¿Fuiste a los Ingresos hoy? Dicen que ha entrado una clase de rubito que parte el alma. Bueno, yo lo vi; es una verdadera lea. Ya Manuel Chiquito lo está trabajando y le mandó cigarros y una lata de leche; anda contando por ahí que recibió una carta de la madre del muchacho, recomendándosele.

—Tal vez sea cierto, Cayohueso.

—¡No fastidies! Lo que sucede es que está bronqueado con la Chambelona, y como no puede vivir sin mujer...

—Mire, compay, ése no es más que un pasmador. Levanta la pieza que otro se va a comer. Acuértese de la Viudita, de Alma Guajira: una se le corrió con el Colombiano y a la otra se la está trajinando Santinguanzo.

—Sí, pero él fue el primero que los llevó al hoyo. Lo que ocurre es que los afeminados son como los gatos: no miran la mano que les da de comer.

—¿Y qué quieres tú? ¿Que encima de todo vivan agradecidos? Aquí lo que pasa es que la mitad de los bugas no son más que alarde puro, no tienen muchacho sino para pasearlo a la hora del patio, para guillarse de chulos y pasmar con ellos hasta el último quilo. Estos verras son los que tienen el asunto maleado. Los pájaros capaces de caminar para el muerto de verdad se han buscado a un primavera y no hay modo de cogerlos cansados; acaban por amistarse con otro de su calaña y, ¡listos para las tablas! Son peores que las mujeres cuando se enredan entre ellas mismas. No hay macho que les pueda entrar.

Las palabras hervían como el guiso en los peroles; el vapor de ellas llegaba hasta Pascasio y lo envolvía, lo zarandeaba, aguzándosele dentro las inquietudes.

¡Siempre, siempre lo mismo! ¿No serán capaces de pensar en otra cosa? ¿Por qué no hablaban, siquiera, de la libertad, del campo, de cuando estaban en el cañaveral?

Pascasio sacudió bruscamente la cabeza. ¡Cómo tumbaba él arrobos de caña! Si no fuera porque la guardia rural se figuraba que el lomo de los trabajadores era buena piedra para amolar el filo de sus machetes, el cañaveral hubiera sido el paraíso. Con la distancia se le olvidaba lo malo pasado: el jornal de hambre, la tarea agobiadora, el barracón lleno de bichos, los meses sin trabajo, la persecución contra los que intentaban organizarse; el terror, a veces subterráneo y a veces descarnado, que los obligaba a lanzarse en masa a los caminos como si huyeran de un terremoto o de la peste.

Ahora sólo sabía que estaba allí, entre leas y bugas, como les decían a los pederastas, que no pensaban más que meterse en el hoyo para refocilarse, y que, no contentos con eso, se

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

